



mino de expansión e inicia la conquista africana. Sus hijos, son aquella «inclita geracao d'altos infantes», que cantó Camoens en un verso inmortal. El mayor, Duarte, legislador y literato. El infante don Enrique el Navegante, el tío de Isabel, el iniciador de los grandes descubrimientos geográficos, uno de los hombres más trascendentales de la humanidad, el creador de la escuela de Sagres, en la punta de Europa, el gran precursor, que envía sus carabelas con rumbos desconocidos. El infante don Fernando, el príncipe constante de nuestro Calderón, mártir en Tánger; el infante don Pedro, viajero infatigable, explorador en Etiopía. La reina Isabel, la madre de nuestra Isabel, apenas llega a la Corte da pruebas de una inmensa energía. Ella sola se basta para derrocar la potencia y la cabeza de don Álvaro de Luna, pero al cabo fracasa por causas de que ella no tiene la culpa. Muere Juan II, ha de recluirse en Arévalo y aquella energía malograda, produce en ella la locura. Isabel ha fracasado, pero sus anhelos han de tener realidad en su hija, una niña, pero en la cual ha logrado imbuir el sentido de la dignidad humana y de la responsabilidad de su sangre. ¡Cuán-

## ESCENARIO REAL

Así como nos es imposible comprender bien un momento en un pueblo si no se conoce su historia, al enjuiciar una vida, que, por muy ilustre que sea, no es sino una llamarada, es preciso pararnos algo a considerar sus antecedentes que, por esas leyes de atavismo, tan misteriosas, pueden darnos razón de muchas cosas inexplicables. Y este es el caso de Isabel, vástago de esta raza de los Trastamaras, que parece representar todo el espíritu de la decadente caballería de la Edad Media. Isabel, es la antítesis de su padre Juan II, hombre que aborrece su oficio de rey, que es ciertamente durísimo e ingratisimo, pero que es el único capaz de llenar un corazón grande por sus inmensas posibilidades de hacer la grandeza de la Patria y su propia gloria personal. Por no reinar, Juan II abandona el gobierno en manos de don Álvaro de Luna, a quien da todo lo que pide: castillos, riquezas y condados, con tal de que asuma el afán del gobierno y le deje a él el tiempo libre para fiestas cortesanas, fiestas, sí, llenas de elegancias espirituales, pero que no son propias de un rey. Castilla agoniza en tanto el rey, en su cámara llena de esplendores moriscos del Alcázar de Segovia, pule una trova, escucha a sus juglares o arregla los pormenores de un torneo. Por esto Juan II, en la hora suprema de la verdad, ve claro el fracaso de su vida y anhela el haber nacido hijo de un menestral. Es la voluntad de deserción, indicio cierto de cobardía espiritual. En Enrique IV, el hermano de Isabel, aún son más claros los síntomas de decadencia. Enrique IV deserta aún de su dignidad de hombre y de su conciencia de cristiano. Yo creo inmensa en Isabel la influencia racial de su madre, Isabel de Portugal. La casa de Avis, que reinaba en Portugal, era una dinastía joven, dinámica, enamorada de la nobleza del poder, llena de anhelos imperiales, impregnada del sentido de responsabilidad. El fundador de la dinastía conquista un reino, y apenas lo ha pacificado, le señala ca-

tas veces, ante el maravilloso sepulcro de Miraflores, he pensado en esta gran fracasada, cuyos anhelos se hicieron realidad, en fin, en su propia sangre!

Isabel se educa como una niña pobre, en caserones destartalados de Madrigal y de Arévalo. Hidalguía y pobreza son grandes maestros, y pobres hidalgos han hecho la historia de España. En el corazón de Castilla, su mente se va impregnando de un sentido austero y militante de la vida. En el corazón de la Castilla Católica, su Fe se hace sencilla y clara, sin turbaciones ni fantasmagorías. Años después, su nieto, el Emperador Fernando, decía a los protestantes de Alemania, que querían envolverle con sus sofismas: «¿Cómo queréis turbarme si me he criado entre los cristianos viejos de Medina? En Arévalo, en Medina, en Madrigal de las Altas Torres, en Cuéllar, Isabel forma su recia conciencia católica y ante el ambiente diáfano de la meseta, se acostumbra a ver claro, a dar a cada cosa su proporción exacta.

A los once años Isabel es llevada a la Corte de Enrique IV, y este ambiente tiene en su educación una influencia inmensa. Influencia al revés, influencia por reacción. No hay en las historias de Castilla ejemplar humano tan interesante como Enrique IV, el hermano de la reina, que vive habitualmente en Segovia. Es el *Rey Salvaje*, de Lebreton, que vive en un ambiente de exaltado y deformado barroquismo. Este barroquismo, era general en Europa en los últimos años de la Edad Media, época de vuelta a la naturaleza, de amor a las frondas salvajes, a lo exótico, a lo extravagante, en que los caballeros se visten de salvajes. Pero en España, los vicios de la decadencia se mezclan con los vicios sutiles de Oriente, siempre al acecho en las decadencias de Europa. Moros y judíos invaden la Corte. El rey viste y vive a la morisca y se complace en construcciones de un mudejarismo exaltado. Es un rey romántico y sensual, hundido en los vi-